

# Capítulo 7 - Luces pálidas

- Capítulo 7 - Luces pálidas

# Capítulo 7 - Luces pálidas

La gente podía ser extraña con respecto a la muerte, pensó Tristan.

Doce muertes en las cunetas de Sacromonte cada día y nadie parecía prestarle atención, pero si arrojabas cuarenta cuerpos en hogueras y obligabas a la gente a mirarlos, de repente era la mayor tragedia del mundo. Mientras observaba a Isabel Ruesta sollozar desconsoladamente, el ladrón contuvo la tentación de hacer lo mismo. Sus admiradores ya se estaban acercando para ofrecerle palabras suaves de consuelo, aunque comentó que también parecían afectados por la escena. Eso era lo que sucedía con los nobles: habían vivido vidas tan hermosas que nunca llegaban a entender que siempre estaban a un paso de la muerte por un solo error. Se creían importantes, pensaban que el mundo debería importarle, pero Tristan sabía que eso no era así. La vida solo importa realmente a uno mismo.

— Creo que realmente está de duelo —dijo Fortuna, mirando por encima de su hombro.

Él resopló.

— Claro que sí —susurró—. La oportunidad de casarse con su rico primo se esfumó.

Literalmente. Quizá uno de los capa negras sería lo suficientemente amable para ayudarla a elegir la columna adecuada. Sin mostrar su sonrisa, lanzó una mirada hacia atrás al escuchar pasos crujir en el barro cubierto de ceniza. El cabello negro de Yong, despeinado por la brisa cálida, fue apartado distraídamente por el viento mientras el anciano se acercaba con una mueca de disgusto.

— Pensé que ya no olía esto después de salir de Tianxia —dijo Yong, escupiendo a un lado.

El ladrón consideró que era un espectáculo aterrador, el resplandor rojo intenso y el espeso humo que giraba a su alrededor. Era lo que imaginaba que podría parecer Pandemonium, esa gran ciudad monstruosa de demonios en el extremo oriente. Todos los males del mundo, encerrados en la capital del Infierno por los brazos de la Guardia. Todo parecía muy lejos en algún momento, pero eso ya no era así ahora que había dejado Sacromonte para llegar a estas costas extrañas. Temblando a pesar del calor, el ladrón habló para romper el silencio.

— Has estado en guerras —dijo Tristan.

— Es Tianxia, chico —resopló Yong—. Siempre hay alguna maldita guerra.

Así se rumoraba. Las repúblicas que componían Tianxia eran famosas por sus disputas, ya fuera comerciales o militares. Solo los esfuerzos brutales para expulsar a los Someshwar imperiales lograron que dejaran a un lado sus enemistades por más de una temporada.

— Maté a algunos y no me mataron —continuó Yong—. Es casi el mejor trabajo que puede tener un soldado.

Su mano, notó Tristan, se dirigía lentamente hacia la petaca de su abrigo. Se detuvo al percatarse de la mirada del ladrón.

— En fin —dijo Yong con brusquedad—. Están quemando los cuerpos desnudos. Eso quiere decir que los equipos todavía están por aquí, en algún lugar.

Tristan inclinó la cabeza.

— Haré lo posible —dijo.

No hizo promesas y el exsoldado tampoco las pidió. Ninguno de los dos era lo bastante ingenuo para creer que robarle a la Guardia terminaría de otra forma que no fuera con una ejecución sumaria. Además, la escena de duelo llegaba a su fin, Isabel Ruesta sollozaba mientras sus admiradores juraban que ella estaría segura, y sus criadas le secaban las mejillas con delicados pañuelos. La mayoría de los presentes seguían dando vueltas con expresión vacilante, esperando entre las cenizas de los muertos una acogida que aún no llegaba. Solo unos pocos capa negras atendían las hogueras y no mostraban interés por las conversaciones, mientras ninguno se atrevía a acercarse demasiado a los almacenes más alejados en la playa.

Algunas almas intrépidas arrojaron el desconcierto antes que los demás. Ju y Lan, quienes no lograron ingresar en la tripulación de Tupoc Xical a pesar de sus insistentes esfuerzos, buscaban algo en el área. Ya fuera en los otros capa negras —que Tristan contaba solo una docena, demasiado pocas para un puesto avanzado de ese tamaño— o en los mismos posibles saqueos que Yong había olfateado. Recibieron miradas hostiles de los guardas al intentar acercarse a los almacenes con actitud despreocupada, casi logrando que el ladrón sonriera. Aunque eran como ratas de mejor estirpe que él, para la Guardia seguían siendo ratas. Dando por hecho esa situación, se adentró entre la niebla y el humo.

Al pasar, encontró a Tupoc Xical y a su pequeño grupo de pie, inusualmente cerca de una pira, ocultando a uno de ellos con sus cuerpos de la vista. La noble de Asphodel con acné, Acanthe, o algo parecido. Tristan los observó cuidadosamente, intentando entender qué estaban haciendo, pero no se atrevió a permanecer mucho tiempo cuando fue visto. Los aztecas lo habían cacheado por analgésicos en el barco, reconociendo la caja que Tristan había robado de las dosis de Alvareno. La amenaza implícita de revelar que portaba un botiquín de venenos había sido suficiente para que Tristan pagara, pero el asunto no había terminado. Las personas que te presionan para que pagues siempre vuelven a aparecer.

Ese grupo era demasiado peligroso para enfrentarse por ahora, pero ¿quién sabía cómo serían las pruebas? La paciencia era la clave para abrir muchas cerraduras.

El ladrón se desplazó por los alrededores de las hogueras, lanzando una mirada más detenida mientras el resto de la gente comenzaba a dispersarse, impaciente. La posición de la Guardia en la isla no era una fortaleza imponente, solo un par de largos almacenes de piedra que debían servir como depósitos y dormitorios. Faroles antiguos proyectaban una débil luz, los faroles sucios

colgando de varillas con aceite barato ardiendo en ellos. Cerca de los almacenes, había una torre de vigilancia inclinada que dominaba la bahía, con el cañón de tres bocas asomando desde su cima. A excepción de esto, solo había muelles, piras y una playa fangosa.

Los muelles no eran nada especial, solo una extensión de madera casi podrida que sobresalía en el agua. Solo dos barcos del tamaño de la Bluebell podrían atracar simultáneamente, y solo uno desembarcar. Los marineros estaban sacando cajas del vientre del bergantín, llevándolas hacia los almacenes, y era evidente que no habría espacio para que una segunda tripulación hiciera lo mismo. Movido por un instinto persistente, el ladrón se acercó más, con cuidado de no levantar sospechas, para observar las cajas que estaban trasladando.

“Reconocí esa caja,” señaló Fortuna de repente.

Sabía exactamente a cuál se refería. La misma caja en la que la pobre niña convertida en Santa le había arrojado cuando salió a pelear, derramando semillas por todas partes. Solo estaba arreglada de manera rudimentaria, con una lona clavada sobre madera para evitar más derrames, y tenía un aspecto distintivo. Por lo que pudo observar, la mayoría de las cajas que estaban sacando provenían de esa misma parte de la bodega, lo que le despertó curiosidad. La Guardia sacaba semillas baratas, del tipo que no se cultivaba bajo luz brillante y que no contenían esa luz. Solo los oscuros y los pobres comían algo hecho de ese material, a menos que tuvieran otra opción.

“No puede ser para los de los capuchas negras,” murmuró. “No hay luz natural en la isla, solo las que trajeron. Deberían estar comiendo solo comida adecuada para evitar la enfermedad de Gloam, no esta porquería.”

“También sacaron esas cajas llenas de chucherías,” señaló Fortuna.

Y sin embargo, por lo que pudo notar, ninguna de las cajas que contenían mosquetes, pólvora negra o raciones militares. Este lugar, dedujo, no era realmente la guarnición de la Guardia en la isla. Solo era un puesto avanzado usado para controlar a quienes participaban en las pruebas anuales. Eso y una cosa más. Sus pensamientos fueron interrumpidos por la llegada de otro, y no había duda de quién era: Sarai, vestida con el vestido gris y velos que la ocultaban de pies a cabeza, era diferente a cualquiera que hubiera salido de la Bluebell. Tristan no se apartó cuando ella se acercó a su lado, ya que su último trato había sido provechoso para ambos. No le desagradaba continuar con esa relación.

Creo que tú eres la única otra persona que ha venido a mirar las cajas, dijo Sarai. Esos gemelos sonreían, pero solo buscando objetos funerarios.

El ladrón bufó con desdén.

“No tiene sentido,” le respondió. “O los blackcloaks nos dejan ayudarnos abiertamente o este es el peor momento para intentarlo.”

Si había algo que él y Yong decidían que necesitaban de verdad, esperaría a que hubiera menos gente para robarlo.

“Práctico,” aprobó Sarai. “Pero, ¿qué te hace mirar esas cajas?”

Él gimió, sin volverse a enfrentarse al espejo de cobre que reflejaba sus ojos. No le aportaría nada.

“¿Y qué te hace hacer lo mismo?” replicó Tristan.

Nos han dicho que la capitana Crestina estará aquí en unos minutos,” dijo Sarai con facilidad. “He venido a advertirte.”

Era media mentira. Ella también contaba las cajas, había notado el ladrón. Pero lo que dijo le sirvió, así que se mostró un poco más generoso.

“Este no es el lugar donde está la verdadera guarnición de la Guardia,” explicó él. “Las cajas llenas de armas y provisiones aún están en el bergantín. Deben tener un fuerte en otro sitio en la costa al que la Bluebell navegará.”

Era difícil distinguirlo, con los velos, pero pensó que tal vez ella había sonreído.

Los marineros cuchicheaban acerca de un pueblo llamado Tres Pinos, en el barco,” compartió el otro. “Este no puede ser, así que estamos de acuerdo.”

Asintió. Los dos permanecieron allí, contando las cajas, en un largo silencio. Solo cuando quedó claro que los marineros no tomarían nada más del bergantín, Sarai se animó a hablar de nuevo.

Supongo que habrás descubierto cuál es el verdadero propósito de este lugar,” finalmente dijo.

Tristan evaluó sus opciones. Si ella estaba contando, entonces él también. No había mucho que perder al expresarse con sinceridad.

Es un puesto comercial,” dijo el ladrón. “O algo parecido. Cajas con semillas negras y baratijas. Aquí en la isla hay oscuras criaturas, y la Guardia comercia con ellas.”

Baratijas,” dijo Sarai lentamente, como probando la palabra. “Sí, esa es una buena forma de llamarlas. Vidrios, espejos y teteras.”

Él la miró de reojo, pero no pudo leerla bajo los velos.

A los malani les gusta usar baratijas en el norte,” dijo ella. “Les sobornan a los reyes de las tierras bajas con ellas para obtener derechos sobre esclavos y cobre. En realidad, negocian con los reyes todo lo que puedan de Malan, salvo una cosa que los blackcloaks tampoco están comerciando aquí.”

Canoas,” dijo Tristan en silencio.

Eso es así,” asintió Sarai, con un leve toque de acento extraño en su voz, y luego le miró. “Conté catorce cajas. ¿Y tú?”

Lo mismo.”

Entonces sabemos que hay cientos. Probablemente más de mil,” concluyó Tristan con gravedad.

Las semillas no duran para siempre y, si en breve deben sembrarse catorce cajas, entonces en la isla debe haber suficientes oscuras criaturas para plantarlas. Eso inquietaba, aunque Tristan no era un Redentor que creyera que todas esas criaturas estaban, en el mejor de los casos, casi como bestias. Había convivido con ellos en los barrios más miserables de la ciudad, cerca de las viejas minas donde muchos habitaban. Tristan los encontraba un pueblo extraño, pero no muy diferente de otros hombres. Sin embargo, aquí la Guardia se esforzaba mucho en mantener las cecatas alejadas de ellos, y eso era revelador.

Todo apunta a cultos,” afirmó el ladrón. “Las viejas leyendas dicen que la isla se llama el Dominio de las Cosas Perdidas porque la Guardia arroja allí toda especie de maleficios antiguos, para que se pierdan para siempre.”

“Los cultos representarían una amenaza mayor que los simples lemures,” respondió Sarai. “Harán todo lo posible por cazarnos.”

Los habitantes oscuros que veneraban a los dioses de sanse y sangre de la Noche Antigua eran temidos legítimamente por todos los pueblos civilizados de Vespero, pues sus cultos ansiaban muchas cosas, pero la sangre siempre era una de ellas.

“Hay una razón por la que solo los necios y los desesperados enfrentan estas pruebas,” dijo Tristan.

Ella se volvió para lanzarle una mirada que, incluso bajo el velo, él pudo notar que era de diversión.

“¿Y tú qué, Tristan?”

Él le regaló una sonrisa confiada.

“No me subestimes, Sarai,” dijo con tono burlesco. “Puedo afirmar que ambas cosas me pertenecen.”

Ella inclinó la cabeza con curiosidad.

“Ese acto que simulas es sorprendentemente encantador,” dijo Sarai. “Debió tomar años perfeccionarlo.”

La sorpresa le robó las palabras, y un nudo de incomodidad le apretó el estómago cuando Fortuna se carcajeó, apoyada en su hombro.

“Ah, deberíamos quedarnos con esa,” decidió la diosa. “Haz que suceda, Tristan.”

Su respuesta fue interrumpida por un alboroto a lo lejos: como le habían advertido, la capitana Crestina regresaba. Se separaron sin una palabra más, la última de Sarai todavía flotando en el

aire entre ellos, mientras él atravesaba las columnas de humo. Yong llegó a su lado a mitad de camino, y ambos siguieron el movimiento de los que se formaban, mientras los negros cabalgaron en su dirección. Los vigías eran doce, todos montados en confiados ponis abrianos y armados hasta los dientes. Envuelto en sus pesados mantos oscuros, que le habían valido a la Guardia su antiguo apodo, portaban mosquetes, sables y pistolas emparejadas con cascos de pólvora pendiendo de sus sillas.

“Parecen listos para librar una guerra,” susurró Yong, y Tristan no pudo sino estar de acuerdo.

Una jinete guiaba su montura alejándose del grupo, dando una orden que hacía que la mitad de la compañía se dirigiera hacia los almacenes, mientras ella bajaba un pañuelo negro que mostraba los rasgos curtidos y el cabello rizado de una Sacromontana de nacimiento. Deteniendo su caballo jadeante, lanzó una mirada que casi rozaba la ira hacia la multitud antes de escupir a un lado. Los infanzones arrugaron la nariz al ver la escena en casi unanimidad. Por otro lado, el ladrón se volvió cauteloso; casi podía sentir la ira burbujear bajo esa fachada de calma.

“Bienvenido al Dominio de las Cosas Perdidas,” anunció la mujer de manto negro. “Soy la capitana Crestina Elvir, la oficial designada para comandar este puesto por gracia del Consejo. Pueden dirigirse a mí como capitán o señora.”

Tristan conocía poco de cómo funcionaba la Guardia, ya que la orden disfrutaba del secreto, pero la diferencia entre el Consejo y las compañías libres era bien conocida. Si las compañías eran las ramas del árbol, en gran medida ejércitos y flotas independientes que vagaban por Vespero, recibiendo contratos a su antojo, el Consejo era el tronco. Administraba las fortalezas de la Guardia, dirigía sus tribunales y conducía su diplomacia. La capitana Crestina, si había sido designada por él, no respondía ante nadie más; era una advertencia velada a cualquier noble que quisiera hacerle demandas, pensó Tristan. Por el silencio que siguió a sus palabras, seguramente había sido oído.

“Ya habrán sabido que la primera oleada de buscadores de pruebas sufrió un infortunio,” dijo la capitana Crestina. “Puedo confirmar que los cuarenta que partieron están muertos.”

No hubo llantos, ni siquiera en Ruesta, pero sí se extendió una gran inquietud. Tristan también la compartía.

“¿Podría preguntar qué les ocurrió a ellos, capitana?” llamó uno de los infanzones.

Lady Villazur, él la mencionó. De los nobles sacromontanos, ella parecía ser la que tomaba más en serio los peligros.

“Decidieron partir temprano y fueron emboscados por cultistas del Ojo Rojo a medio día de aquí,” afirmó claramente la vigilante. “Algunos habrían llegado si la pelea no hubiera despertado a un airavata.”

Eso no provocó más que una reacción superficial en todos, excepto en los ramayanos, cuyos rostros reflejaban miedo y sorpresa. Al notar la confusión en la mayoría del grupo, la capitana explicó con mayor detalle.

“Una bestia heliodorana,” dijo, y eso suscitó exclamaciones de asombro.

La abuela le había hecho leer varios libros sobre los lares lemures, la mayoría acerca de criaturas nativas de las costas del Mar Trebiano, pero las ‘bestias heliodoranas’ aparecían en una de las obras más fantásticas. Más comunes en el Someshwar Imperial, recordaba Tristan, pueden alcanzar el tamaño de casas si son lo suficientemente viejas. Nunca había visto un dibujo, pero se decía que eran seres cornudos con muchos ojos y una fuerza descomunal.

“Mató a la mayoría de todos y se fue después de masticar unos cuantos cadáveres,” afirmó la capitana Crestina. “Lo bueno para ustedes es que, con el estómago lleno, no estará a la caza de más. Incluso podría haberse vuelto a dormir ya.”

“¿Y lo malo?” preguntó Tupoc Xical.

“La secta del Ojo Rojo está súper alterada, muchacho,” respondió ella. “Perdieron casi toda una partida de guerra y no trajeron ningún sacrificio para mostrar. Saldrán en busca de venganza con toda su fuerza. Mis hombres y yo acabamos con sus exploradores hasta la Gran Carretera, pero a partir de aquí, tú estás solo.”

Luego, lució cruelmente divertida.

“Por supuesto, ahora hay un cementerio de sangre derramada en el camino al norte,” añadió la capitana Crestina. “Así que si fuera tú, primero me preocuparía por los carroñeros que seguramente aparecerán.”

La cruda mezcla de sinceridad y desprecio fue un golpe duro para los más temerosos. Aines, la terrible jugadora que había conocido de pasada, parecía a punto de quebrarse en lágrimas y su esposo no estaba mucho mejor. La anciana con gafas, Vanesa, mostraba una expresión de resignación. Como si no hubiera esperado salir con vida de esto y solo confirmara su destino. Incluso algunos extranjeros recomendados estaban nerviosos. Todo el ánimo que la victoria en la embarcación había brindado, se disipó en el éter. La noble asphodelia con acné aclaró su garganta en voz alta.

“Nos dijeron—”

“No me importa lo que les hayan dicho,” interrumpió duramente la capitana Crestina. “He perdido la mitad de mi mando limpiando el desastre que hicieron los primeros imbéciles y no voy a sangrar las otras vidas sosteniéndolos a ustedes. De mí, solo obtendrán esto, inútiles.”

Volvió a escupir a un lado, sus ojos brillando de ira.

“Entienden las reglas, toman lo que hay en los suministros y, antes de que pase la hora, todos se largarán de mi puesto.”

La mujer de capa negra controló su temperamento, bajando la voz que había empezado a subir tras completar su sentencia.

“Teniente Sihle, acompáñennos por el resto,” ordenó. “Tengo cartas que escribir a las familias de los hombres que merecían algo mejor.”

Un jinete, uno de los pocos que permanecían detrás de ella, se adelantó, quitándose un sombrero de ala ancha para mostrar un rostro moreno y malani. El hombre sonrió, y la luz de la lámpara destelló en un diente de plata mientras lo hacía.

—Sí, señora — estuvo de acuerdo.

La capitana Crestina cabalgó alejándose, con el rostro retorcido por la ira, y su teniente se volvió hacia la multitud con gestos enérgicos.

—Hay tres pruebas — anunció el teniente Sihle —. La primera es la Prueba de las Líneas, que pronto comenzarán. Para encontrar las otras, es sencillo: hay un camino que empieza a media milla adelante, y solo deben seguirlo a través de la isla.

Tristan observó entre los espesos bosques que se extendían a la distancia y, más adelante, las altas montañas, mucho más lejos. Sin duda, atravesándolos también habrían emboscadas de cultistas y lemures hambrientos.

—Al final de cada prueba, antes de la siguiente, encontrarán santuarios señalados por lámparas amarillas, y acceder a ellos significa que han tenido éxito — continuó el teniente, con una actitud casi aburrida. —Ni bestias ni cultistas les harán daño dentro de estos santuarios, y allí los oficiales les ofrecerán la oportunidad de terminar su candidatura.

Hizo una pausa.

—Si optan por esto, entrarán bajo la protección de la Guardia y serán escoltados a nuestro cuartel, donde esperarán la conclusión de las pruebas antes de regresar a Sacromonte.

Esto no era exactamente una noticia nueva, aunque Tristan desconocía los detalles prácticos. Los Infanzones solían abandonar después de la segunda prueba, por miedo a obtener la “recompensa” de ser admitidos en una orden que reclamaba abandonar sus títulos. Para ellos, esto representaba una prueba de valor, no una vocación elegida.

—Disculpe, señor — intervino Angharad Tredegar —, pero ha olvidado mencionar las reglas.

El teniente frunció el ceño ante ella.

—¿Qué reglas? — preguntó.

Ella parpadeó sorprendida.

—Seguramente deben existir reglas de conducta entre nosotros — dijo la pereduri —, para que la prueba no derive en disputas y enemistades.

Tristan tragó una sonrisa. Dioses. Ella no había entendido exactamente de qué trataba la primera prueba, ¿verdad? No se llamaba la Prueba de las Líneas porque el camino fuera recto, sino porque trataba de las líneas que uno está dispuesto a cruzar para sobrevivir. El ladrón no podía sentir resentimiento por ello, ni mucho menos burla. Tredegar parecía tener buenas intenciones, como cuando se acercó para “salvarlo” de Tupoc Xical. Era de ese tipo de nobleza que se considera benevolente salvadora, sin entender que usualmente desconocen lo que la gente que intentan ayudar realmente necesita o desea.

Aun así, era de mejor clase que los Cerdans, por lo que no disfrutó viendo a Sihle reírse en su cara.

—Este no es un lugar para eso, muchacha — dijo el guardián —. No está permitido matarse aquí, ni dentro de los santuarios, pero ¿más allá de eso?

El teniente se encogió de hombros.

—La supervivencia es la regla. El resto, no es asunto del Guardia.

Tredegar lo tomó mejor de lo que esperaba, cerró la boca y asintió lentamente. Quizá no era tan débil como pensaba, consideró Tristan. Supuso que convertirse en un “bailarín de espejos” debía quitar cierto asco a esas cosas, si era como Sarai había descrito. Considerando que los marineros, muchos de ellos veteranos guardianes, se habían quedado atónitos al relatar su enfrentamiento con el Santo, parecía que así era. Alguien preguntó por los suministros que había mencionado la capitana Crestina y el teniente aceptó guiarlos hasta los bienes sin mucho estímulo. Lo que encontraron allí resultó mejor de lo que esperaba, una verdadera ventaja.

Había tres cajas con raciones para mineros, carne seca y pan de masa madre con nueces y bayas, todo cuidadosamente empaquetado. Además, había cajones con estrechos Odres de agua baratos, mantas, linternas y fósforos. Todos estaban invitados a servirse, cortesía de la Guardia, aunque muchos optaron por no hacerlo, ya que contaban con mejores equipos. Tristan no lo hizo, pero al ver que otros sí, se sintió con confianza para ir directo a las tres grandes pilas junto a las cajas, sin miedo a quedarse sin provisiones. Allí, los guardianes habían dejado los enseres de los fallecidos, agrupándolos en tres categorías principales: armas, ropa y otros objetos.

El teniente Sihle los dejó a su suerte tras un último recordatorio de que debían haberse ido antes de que terminara la hora.

Una semblanza de orden empezó a formarse alrededor de las cajas, iniciada por Angharad Tredegar, que se alineaba detrás de una Vanesa sorprendida. Aquellos que hubieran empujado a la anciana sin pensarlo dos veces no se atrevían a pelear con los Pereduri, garantizando así una civilidad temporal mientras otros se colocaban en fila, pero Tristan no le prestó más que un vistazo superficial al asunto. Sus compañeros rata se dirigían hacia los objetos funerarios y no habría cortesías en ese lugar. Ju y Lan ya olfateaban las armas, Ocotlán el rompedor de piernas empujando a una de las gemelas con el codo para tomar un hacha de mango largo que ninguno de los otros habría podido usar de todas formas.

Tristan tomó un tricornio de cuero al estilo Malani de entre el montón de ropa y se lo colocó, uniéndose así a la refriega, justo cuando Brun y la pareja casada — Aines y Felis — también

empezaron a buscar. La mayor parte de lo que encontró le era inútil, espadas que no sabía manejar o lanzas de caza, pero tomó un cuchillo de caza como reserva en caso de que su propia hoja se rompiera. La docena de mosquetes alineados tampoco le servían, pero las pistolas sí requerían una segunda mirada. El ladrón tenía poca experiencia con ellas, ya que Abuela consideraba que eran ruidosas e imprecisas, aunque él conocía lo básico. Y de cerca, una pistola era difícil de fallar.

Lo mejor era tenerla y no necesitarla, pensó.

Tomó un frasco de polvera de madera del montón y empezó a revisar las pistolas, hasta que algo en su vista le hizo detenerse. Allí, encontró un objeto familiar. En cuanto a armas, esta oscilaba entre lo decorativo y lo práctico, grabada con cómo lobos persiguiéndose mutuamente, mientras un borla colgaba de la parte inferior, adornada con una gema incrustada. Sin embargo, el metal frío del cañón era funcional y sin adornos. La madre de Tristan había tenido una pistola muy similar, aunque su relicario raseni prefería zorros a lobos. Al salir de su estado de aturdimiento, ella y Ju intercambiaron miradas, y el dedo de Ju se cerró en torno a la pistola, lanzándole una sonrisa pícaro con los ojos azules.

"Demasiado lento, rata", le reprendió, y golpeó la gema con un dedo.

Sonó con belleza.

"No es un rubí demasiado puro, pero aún así vale un buen dinero", decidió Ju.

Entonces, ella no tenía idea de cuánto valía realmente el relicario. Tristan podría haberle dicho que lo había visto primero, pero esa afirmación no significaría nada para ninguno de los dos, así que no se molestó en decirlo.

"Dámelo aquí", soltó él en su lugar.

La chica Meng frunció el ceño, estudiando su rostro y dando medio paso atrás.

"Tómame otra", dijo Ju. "Aún hay muchas."

La mano de Tristan se deslizó hacia el coche de golpes en su costado, no con demasiado disimulo para que ella no lo notara.

"Última advertencia", dijo el ladrón.

Desde su ángulo visual, observó que habían llamado la atención; era demasiado tarde para retroceder. Quien lo hiciera sería marcado como presa fácil para cualquiera que quisiera lucirse. Ju echó un vistazo detrás de él, viendo algo que reforzó su determinación, y soltó una risita con desprecio.

"No te atreverías a—"

Apuntó el golpe hacia la esquina de su boca, con fuerza suficiente para doler, pero sin romperle los dientes. Ju gritó de dolor al tropezar y caer al suelo, sosteniendo su mejilla, mientras Tristan se apartaba con un giro. Se movió fuera del alcance del golpe que esperaba, notando el rostro de su agresora: Lan había tomado un mosquete y trató de golpearlo por la espalda con él como si fuera maza, pero no era una luchadora entrenada y el golpe pasó bastante por fuera. El ladrón dio un paso rápido hacia adelante, apoyando el costado de la brújula en su cuello antes de que pudiera recuperarse. Lan quedó inmóvil.

“De ahora en adelante buscaré golpes devastadores,” dijo Tristan con serenidad. “Ju, dame la pistola.”

El espectáculo atrajo a los carroñeros. Ocotlán, con la nariz rota, intrigado por la violencia, se acercó con una expresión expectante. También contemplaba la pistola relicario, probablemente preguntándose qué había de valioso allí y si debería intentar arrebatársela. Tristan disimuló su expresión para que no se descubriera que había visto a Yong moverse silenciosamente detrás del gran hombre, una mano en el mango de su espada. Brun se acercó también, con los ojos vigilantes y esa sonrisa calmada que parecía un sello de su carácter. A él le preocupaba más que al gran Azteca, solo porque era mucho más difícil de leer.

“Ellos no te dejarán salir con ello,” dijo Lan, pero su voz temblaba.

La mandíbula de Tristan se apretó. Ya había dado tantas advertencias como consideraba necesarias: si ofrecías demasiadas, la gente dejaría de tomarte en serio. Su brazo se tensó al retroceder para golpear nuevamente, pero las hermanas cedieron primero. Ju lanzó la pistola a sus pies, con la fuerza justa para que rasguñara.

“Allí,” escupió. “Aguántate eso.”

Le lanzó una mirada de advertencia a Lan, y la otra hermana reuló un paso, frunciendo el ceño, mientras Tristan se agachaba para recoger la reliquia. Sus ojos ya se dirigían hacia Ocotlán, que parecía haber llegado a una decisión. La sonrisa maliciosa presagiaba algo malo, pero el gran hombre llegó demasiado tarde. Angharad Tredegar, con ese abrigo que siempre requería remiendos, avanzó con decisión al escenario, y Tristan casi sonrió porque ya era hora. Ahora que los carroñeros se habían arañado entre sí, su salvador benevolente acudiría, por naturaleza, a restaurar el orden.

“¿Qué está ocurriendo aquí?” exigió el noble de piel oscura.

Y ahí se extinguió la sonrisa de Ocotlán. Él probablemente estaría bajo órdenes de Tupoc para evitar enfrentarse con el bailarín de espejos, pensó Tristan. Un tipo práctico, el bastardo de Tupoc Xical. Desafortunadamente, no era alguien en quien se pudiera confiar para arriesgarse a morir por sí mismo.

“Una discusión por objetos,” dijo Tristan. “Ha terminado.”

Tredegar miró con sorpresa y cierto desdén la borra de disco que aún tenía en la mano. Ju, por supuesto, había decidido quedarse en el suelo y ahora se apoyaba en la mejilla, como si él le

hubiera propinado dos golpes más fuertes de lo que en realidad había sido. ¿Apostando a que el Pereduri recuperaría la reliquia por ella? Por desgracia para ella, Tristan sabía exactamente cómo lidiar con tipos como Angharad Tredegar. Después de dar su respuesta, se dio la vuelta y se alejó. No en otra dirección, pues eso habría parecido una huida, sino pasando junto a la noblewoman. Ella esperaba una confrontación, se le notaba en su postura, pero el ladrón no dijo nada y siguió adelante, antes de que ella pudiera recuperarse del sorpresa y volver a interrogarlo.

Aun si los gemelos se quejaban ahora, ¿qué haría Tredegar? ¿Apretarle la pistolá delante de todos? Esa no era la clase de persona que ella pensaba que era. Ella había intervenido para salvar a alguien, no para servir de matón para un par de hermanas que resultaban ser más que un poco sospechosas. A ella no le agradaría, pero el asunto estaba prácticamente terminado. El ladrón era consciente de que había empañado la primera impresión que causó en una mujer peligrosa y había cruzado otros dos límites, pero aún sonreía mientras se dirigía a la fila trasera en busca de raciones. Yong se colocó tras él para esperar, como si fuera por casualidad.

—¿Qué valor tenía todo ese enredo? —preguntó el soldado, con su voz ligeramente enturbiada.

Otra vez bebiendo. No había tardado nada. Tristan rompió la cuerda que sujetaba el adorno al fondo del relicario, metiéndolo luego en su bolso. Inclinando la pistola de modo que solo él y Yong pudieran verla, apretó el pulgar contra uno de los lobos. Se oyó un leve clic y el panel se abrió, revelando una pequeña piedra del tamaño de la uña. Emitía un suave resplandor pálido que el ladrón permitió que se vislumbrara solo un instante, antes de deslizar de nuevo el panel del lobo.

—Cuarzo Rhadamanthine —susurró Yong, con asombro que le volvía la lucidez en un instante.

Solo se encontraba en las famosas canteras de Rasen, en la ciudad-estado, y valía una fortuna. El cuarzo Rhadamanthine retenía el Resplandor como pocas sustancias; casi a diario: un año de exposición a la luz equivalía a un año reteniéndola. La pieza en el pistón relicario que había tenido su madre se había vuelto inerte, reduciéndole su valor—una vez que perdía la primera luz definitivamente, se decía que el piedra dejaba de retenerla cada vez más—pero aún así fue empañada por suficiente tiempo como para sostener a los dos durante años.

—Que no nos dé la enfermedad de Gloam —dijo Tristan, sin esconder su satisfacción—. Aunque se apague la luz.

Llevarla contra la piel algunas horas al día evitaría que la enfermedad los alcanzara hasta que la piedra dejara de funcionar. Las familias raseni consideraban estos relicarios como reliquias familiares, transmitiéndolas de padres a hijos y atesorándolas con fervor. La escasez de su venta solo las hacía aún más valiosas.

—Valen más que los enemigos —asintió Yong.

No había ya mucha emoción cuando los que participaban en la prueba reclamaron sus provisiones, el ambiente se tornó sombrío al revelarse la amarga verdad: sobrevivir era más importante para todos aquí que la civilidad. Sin embargo, eso no significaba que todos quisieran partir solos. De hecho, las piras en llamas aún ardientes eran una advertencia severa de los peligros de esa estrategia. Cuando unos pocos se reunían para conversar lejos del resto, Tristan rápidamente

advirtió las intenciones. Quienes estaban allí decían mucho sobre lo que sucedería: Ferranda Villazur y Augusto Cerdan representaban a los infanzones, Tupoc Xical a su propio grupo y el curtido Inyoni a las dos parejas jóvenes que la acompañaban. Cada agrupación con influencia tenía una voz allí, con un propósito evidente.

Todos querían mantenerse juntos durante la primera parte de la Prueba de Líneas.

Que eso fuera inevitable era una conclusión evidente. Todos preferían contar con más nombres hasta estar ciertos de que no había una emboscada del Ojo Rojo en el camino ni grandes manadas de lemures vagando. Cuando avanzaran más, la gente empezaría a volverse contra sus propios compañeros, pero por ahora todos preferían la seguridad a buscar ventaja alguna. Tristan apartó esas ideas de su mente y se concentró en la compañía del otro aliado con quien había cerrado un acuerdo. Ambas de las muchachas de Isabel Ruesta habían cambiado sus vestidos por pantalones y chaquetas más prácticos para la travesía; los de Beatris estaban visiblemente más desgastados que los de Briceida.

Tristan pensó que, a diferencia de la hija de la dama, su compañera ratón no había tenido dinero para mandar a hacer ropa que tal vez nunca usaría de nuevo. Ella también era la encargada de revisar las bolsas una última vez antes de partir; Briceida atendía a su señora, pero el ladrón valoraba ese detalle. Era más fácil acercarse a ella que si se acercara a la infanzona, que Tredegar y el más joven de Cerdan rodeaban como abejas a una flor. Y, en gran medida, por las mismas razones, según podía entender Tristan. No hizo esfuerzo por ocultar su aproximación, y aunque se quedó bastante lejos de alcanzar las bolsas, Beatris giró la vista para mirarlo. Con el cabello oscuro peinado hacia atrás, ella frunció el ceño.

"Esa exhibición arruinó tu reputación por completo," le informó Beatris. "Si no fuera por tu botiquín de medicinas, quizás hubieran pensado dos veces en llevarte contigo."

"Pero no han cambiado de opinión," insistió Tristan.

Ella negó con la cabeza. Bien. Esa había sido su preocupación: que un molesto Tredegar intentara expulsarlo. Su conjetura era que los Cerdan se opondrían a ella por simple desagrado, y era gratificante ver que eso había resultado cierto.

"Tengo trabajo," le dijo Beatris. "Debo volver a ello."

Él reprimió una mueca. Ella nunca le había preguntado si había logrado que Recardo muriera, y él no le había revelado la verdad, pero desde aquel día ella había mantenido distancia. No le había dado la espalda, seguía siendo cordial, pero sabía que ahora era peligroso. Capaz de matar y de mantenerlo en secreto. Por ello, Beatris, con sensatez, parecía haber decidido que era mejor mantenerlo a cierta distancia. Tristan preferiría mantener una relación más cercana, pero si las cosas se tornaban más frías, se adaptaría. Sin que nadie lo notara, lanzó una rápida mirada alrededor para asegurarse de que nadie lo observaba, y en su bolsillo buscó la borla incrustada con joyas y se la arrojó a ella.

Beatris tanteó para atraparla, pero rápidamente la recogió del suelo, con sorpresa visible en su rostro. Le dirigió una mirada interrogante.

"No tengo utilidad para ella en mi camino," comentó Tristan con indiferencia.

Ya fuera hacia la tumba o hacia la Guardia, un pequeño rubí no le sería de ningún beneficio. Sin embargo, para ella, quizás representaba un punto de inflexión en su vida. Con la cantidad que lograría en el trueque de la gema, quizás ya no tendría que permanecer en los servicios de la Casa Ruesta por siempre. Beatris mordió su labio antes de asentir, guardando la gema antes de que alguien pudiera verla tomarla.

"Es un intercambio," le recordó el ladrón. "Yo te doy un favor..."

La mujer de cabello oscuro negó con la cabeza.

"Ya sé cómo va esto," respondió. "Estaré atenta a cualquier cosa que te pueda interesar."

El hombre de ojos grises inclinó la cabeza en señal de agradecimiento, sin causarle mayores molestias. Aún tenía que trabajar, y no era como si los nobles se dignaran a cargar sus propias provisiones. Otro cuarto de hora transcurrió hasta que la reunión informal concluyó, pero su predicción resultó ser cierta. Se pactó un acuerdo y se ofreció protección a quienes aceptaran algunas reglas sencillas. Todos debían contribuir a la protección del grupo durante la marcha, se elaboraría un listado para vigilar durante las campamentos y, siempre que alguien se uniera a la compañía, no habría violencia entre ellos. Solo un tonto habría rechazado esas condiciones, y ninguno lo hizo.

Luego partieron rápidamente, pues la orden de la Capitana Crestina de partir antes de que finalizara la hora no era algo que nadie quisiera desafiar. Bajo la mirada de los capuchas negros, los treinta y uno de ellos se acomodaron en una columna densa, iluminada por faroles, y comenzó una marcha pesada y constante.

Detrás de ellos, las linternas de la Guardia se hicieron cada vez más distantes, la oscuridad los rodeaba por todos lados, y comenzó la Prueba de las Líneas.